

Jesús pueda dudar del amor de su discípulo, ó que él mismo pueda ser infiel como durante la Pasión. Escenas como éstas, carísimos hermanos, ponen en evidencia el maravilloso poder de la vida y condición gloriosa de Jesús resucitado para levantar incendios de amor en los corazones de los hombres.

8. Ni podía ser de otra manera, ya sea que se consideren las dotes de gloria con que apareció revestida su humanidad, ya la conducta del mismo Salvador, toda suavidad y ternura con los suyos. Jesús, dejando brillar en su sagrado cuerpo las dotes de su espíritu bienaventurado, tales como la claridad, la inmortalidad, la agilidad y la sutileza, no puede menos de constituir un objeto de irresistible atractivo para el corazón del hombre. Aquella humanidad perfectísima, revestida de estas dotes, debió alcanzar un grado de hermosura rayana en lo divino, cuyo natural efecto era, no sólo la admiración, sino principalmente el amor; y este amor no debía pararse en lo humano, en lo deslumbrador del sentido, sino ir más allá, penetrar en el alma del Salvador, llegar por ella hasta el Dios Encarnado. Así lo demuestra la exclamación de Santo Tomás: *Dominus meus et Deus meus*. Así lo prueba la actitud de adoración que tomaban delante de él aquellos á quienes se les descubría en su aspecto glorioso. Recordad, hermanos míos, la impresión de ventura inefable que se apoderó del corazón de los tres afortunados testigos de la gloria de Jesús en la Trasfiguración, la cual les hizo exclamar por boca de Pedro: *¡Qué bien se está aquí!*<sup>1</sup> ¡Aquí debíamos permanecer eternamente! ¡no hay más que desear! Y calculad por aquí cuál sería el efecto de la vista de Jesús

<sup>1</sup> Luc. 9, 33.

glorificado, no ya pasajeramente, sino de modo estable y propio como de quien ha llegado al término de su victoriosa jornada. No hay duda que el efecto de tal vista, superior á la del Tabor, no pudo ser otro que el arrobamiento, el éxtasis... Y ¿qué decir, si á la belleza sobrehumana, producida por aquellas dotes de vida inmortal y divina, se añade la dulzura y suavidad que rebosaba de los labios y de los ojos y de todo el porte de Jesús glorificado?<sup>1</sup> ¿Qué corazón no quedara derretido de amor al oír á Cristo dirigir expresiones tan amorosas como éstas: *Avete, pax vobis, nolite timere*<sup>2</sup>... Dios os guarde, la paz sea con vosotros, no temáis, acercaos, vedme, palpadme; y, sobre todo, al contemplar á Jesús sentado á la mesa en medio de sus discípulos *partiendo el pan: in fractione panis*, y dándosele á comer con infinita benignidad? ¡Oh, y cómo se llevaría tras sí los corazones, á par de las miradas, cuando iba lenta y majestuosamente elevándose hacia el cielo! Verdaderamente, como canta la Iglesia, subiendo Cristo á las alturas, llevó cautivos de amor á los que antes tenía cautivados el pecado<sup>3</sup>. Pero veamos si no son estos mismos los efectos de la vida eucarística de nuestro Salvador.

9. Las condiciones que rodean á Jesús en el Sacramento del amor no pueden ser más adecuadas para captarle corazones. Ahí están, aunque por modo misterioso y velado á nuestros ojos, aquellas mismas dotes de su santa humanidad triunfante del sepulcro, comunicándole inexplicable hermosura. Y así tiene que ser, mis amados hermanos, por el hecho de estar en la Eucaristía el

<sup>1</sup> Ps. 44, 3.

<sup>2</sup> Luc. 24, 36.

<sup>3</sup> In offic. Ascens. Domini.

cuerpo del Señor tal como está hoy en el cielo, esto es, glorioso y revestido de infinita claridad. «El cuerpo de Jesucristo, dice un piadoso autor<sup>1</sup>, aunque místicamente inmolado en el altar, con todos los méritos de la Pasión y de la Cruz, no está ya separado de su alma; y la sangre divina, recogida por el poder de Dios, corre ya por las venas de ese cuerpo y lo reanima con una vida enteramente nueva, para que como carne vivificante sea nuestro alimento de inmortalidad. Hasta pudiera asegurarse que Jesús resucita obligado por la promesa que nos hizo antes de morir de dársenos todo entero en alimento: para eso recogen los ángeles con solícito afán todas las gotas de su sangre, porque nada de esa sustancia, más preciosa que todo el oro del mundo y más suave que todos los perfumes, por estar unida á ella indisolublemente la Persona del Verbo, puede perderse para nosotros, dueños ya de todo ese tesoro por la donación del Salvador.»<sup>2</sup> Nos pertenece, pues, también la gloria y hermosura de ese cuerpo glorificado: así, así es cómo debemos recibirlo y apropiárnoslo. ¡Qué júbilo, qué felicidad para el alma que comulga poder decir como la Esposa de los Cantares, ó, más bien, como María el día de la resurrección, abrazando á Jesús: *Hallé por fin al amado de mi corazón, téngole asido y no le dejaré hasta introducirlo en la casa de mi madre*<sup>3</sup>! Tal es el primer grito que se escapa del alma el día de la resurrección, y no es otra la voz de su alegría en la hora de la comunión. Tal es la Pascua del alma cristiana, que dulcemente se entretiene con Jesús resucitado, Pascua eternamente continuada en el

<sup>1</sup> *Sagette*, L'Eucharistie t. II.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> Cant. 3, 4.

Sacramento de la Eucaristía. Y esto bastará, cristianos, para hacernos comprender cómo, por maravillosa afinidad, la vida eucarística y la vida gloriosa de Jesús nos ofrecen el objeto más adecuado para los deliciosos transportes de la caridad. Contemplémosle por último como dechado perfectísimo de la vida cristiana.

### III.

10. Jesús, *vida nuestra*<sup>1</sup>, es siempre y en todos los estados el sublime modelo de la perfección y santidad, ó sea, de la vida cristiana. De Él se ha dicho: *Míralo, y obra según el ejemplar que se te ha mostrado en el monte*<sup>2</sup>. Eso no obstante, podemos asegurar que lo es de un modo especial en su resurrección y en la sagrada Eucaristía. Formémonos clara idea de lo que constituye esa vida, según la enseñanza del Apóstol en su admirable epístola á los colosenses. *Si habéis resucitado con Cristo, díceles, buscad las cosas de allá arriba, de aquella región en donde está Cristo sentado á la diestra de Dios; gustad de los bienes celestiales, no de los terrenos. Porque estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vida vuestra, apareciere, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria. Mortificad, pues, vuestros sentidos terrenales, dad de mano á los vicios, hijos de la incredulidad, por los cuales se desató la ira divina...* Y aquí enumera el Doctor de las gentes los vicios repugnantes en que vive el hombre viejo, el hijo de la naturaleza corrompida, vicios en que yacía sumido el paganismo; y continúa diciendo: *Revestíos del hombre nuevo, de aquél que se renueva por el conocimiento de*

<sup>1</sup> Col. 3, 4:

<sup>2</sup> Ex. 25, 40.

*Dios, conforme á la imagen de su Criador. Ya no hay judío ni gentil, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino todo y en todos los hombres Cristo. Revestíos, pues, como escogidos de Dios, como santos y amados suyos, de entrañas de misericordia, de benignidad, humildad, modestia y paciencia... Pero sobre todas las virtudes profesad la caridad que es el lazo de la perfección; y la paz de Cristo difunda la alegría en vuestros corazones, esa paz por la cual habéis sido llamados á formar un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite en vosotros, llenándoos de sabiduría para enseñar á los demás, y amonestaros á vosotros mismos, entonando cordiales acciones de gracias á Dios por medio de salmos, himnos y cánticos espirituales. Finalmente, todo cuanto hacéis de palabra ú obra, hacedlo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias á Dios Padre por Él<sup>1</sup>. Consta, pues, de toda esta doctrina que la vida nueva propia del cristiano es aquella que se llama interior, toda de recogimiento y mortificación de las pasiones, toda de unión con Dios y deseo de los bienes celestiales; y, en cuanto á lo exterior, vida de paz, modestia y caridad. Ése es el ideal ciertamente, hermanos míos, de una vida modelada por el ejemplo y la doctrina del divino Maestro, y el único secreto de felicidad para el hombre en el tiempo y en la eternidad. Ésa es la vida llena de dignidad y verdadera grandeza, ésa la vida del sabio verdadero y del que vive para glorificar á su Criador y para hacer bien á sus semejantes. Á ella y sólo á ella están vinculadas las esperanzas de otra vida gloriosa y semejante á la de Cristo en la bienaventuranza del Padre celestial.*

<sup>1</sup> Col. 3, 1—17.

11. Ahora bien, mis amados oyentes, ¿dónde encontraremos el tipo más acabado de esta vida, mejor que en las dos vidas, gloriosa y eucarística, de Cristo nuestro Señor? Después que resucitó, dice San Pablo, vive sólo para Dios: *Quod autem vivit, vivit Deo*<sup>1</sup>. Lo hemos visto en la primera parte de este discurso: su humanidad no se muestra sino raras veces y como en visión pasajera; pues, ya no vive, como cuando mortal, en el seno de la familia apostólica, ya no anda ni habita entre los hombres. Si queréis saber dónde vive ahora, y si, como la esposa mística, le preguntáis *en dónde sestea al medio día*<sup>2</sup>, no lograréis saberlo; pues, nadie acertaría á decíroslo: Jesús, más bien que de la tierra, es ya morador del cielo, habita entre los ángeles, vive en la mansión de Dios, aunque todavía, durante el corto espacio de cuarenta días, parece no querer abandonar este mundo por amor á sus queridos y huérfanos discípulos. Pues, por lo que hace al Sacramento de la Eucaristía, la vida de Jesús no puede ser más oculta y escondida á los ojos de los hombres. Oculto vive dentro de la oscuridad del tabernáculo, y más oculto aún debajo de humilde cortinaje de los accidentes; pero allí escondido, y como muerto, goza de la plenitud de la vida divina, vive, en cuanto hombre, contemplando, adorando, amando y glorificando á Dios: *Vivit Deo*. ¡Oh! y, lo que es todavía más admirable, vive sacrificándose continuamente ante la Majestad de Dios y aplacando su justicia, y eso á pesar de que su condición gloriosa parecía incompatible con ese estado de inmolación y de víctima. He ahí, almas cristianas, cuál debe ser nuestra vida en lo interior: muertos al mundo,

<sup>1</sup> Rom. 6, 10.

<sup>2</sup> Cant. 1, 6.

á la sensualidad y á las pasiones, debemos inmolarnos incesantemente cual hostias vivas de amor y de sufrimiento á gloria de Aquél para quien vivimos, para quien obramos, para quien morimos<sup>1</sup>.

12. Mirad, por último, la vida exterior de Jesucristo resucitado y encerrado en nuestros tabernáculos. Toda ella la consagra al bien y consolación de sus *hermanos*, que así los llama ahora, en prueba del extremado amor que les profesa. *Decid á mis hermanos: subo ya á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios*<sup>2</sup>. ¡Cómo se ocupa en visitarlos frecuentemente, yendo, por decirlo así, tras ellos, como el buen pastor en pos del rebaño disperso, por los montes de Galilea, por los caminos de Emmaús, por las riberas del lago de Gensaret, y hasta en el fondo del cenáculo donde se han encerrado por temor de los judíos! ¡Cómo los regala con dulcísimas palabras en estas visitas, templando el resplandor de su gloria con la amabilidad de sus sonrisas! Hasta podríamos decir que Jesús emplea las dotes maravillosas de su cuerpo resucitado en beneficio de sus queridos discípulos, siendo un hecho que para visitarlos y consolarlos se vale de su agilidad, sutileza y hermosura. No contento con esto, Jesucristo los instruye y los prepara para recibir las enseñanzas del Espíritu Santo que Él mismo les promete enviarles desde el cielo, los anima y fortalece para la gran misión que les confía, los arma de poderes omnímodos, y los colma de gracias con su soberana bendición. Y ¿qué otra cosa hace el mismo Señor en el Sacramento de su amor sino derramar sobre todas las almas los tesoros de su infinita caridad y ternura? ¿No es allí donde las visita diaria-

<sup>1</sup> Rom. 14, 8.

<sup>2</sup> Io. 20, 17.

mente, como sol divino que hace cada día su visita á la tierra, desde oriente hasta occidente, alegrando y animando á todos los vivientes? ¿No es allí donde las regala de inefable manera, las tranquiliza y fortifica, las instruye en los caminos de la salvación, y finalmente agota, por decirlo así, sus riquezas para hacerlas felices? ¡Oh Eucaristía sacrosanta, verdadera Pascua del pueblo cristiano! Tú eres el modelo de lo que debe ser nuestra vida de peregrinación terrestre para arribar algún día á la eterna morada del Señor! Sea, pues, amadísimos hermanos, toda celestial y divina nuestra vida, de manera que podamos afirmar con el Apóstol: *Nuestro corazón y nuestro pensamiento están en los cielos*<sup>1</sup>, para que, cuando Cristo aparezca al final de los tiempos, aparezcamos también nosotros, iluminados y resplandecientes con los destellos de su gloria. Así sea.

<sup>1</sup> Phil. 3, 20.